

# LA SOMBRA DEL PASADO

Dos generaciones marcadas por el rencor.  
Un oscuro secreto en el corazón de una tragedia.

LULU TAYLOR

Julia, una niña solitaria, ama la hermosa y salvaje casa de Cornwallles de su familia. Pero oscuros secretos marcan su vida y en cuanto crece tiene que marcharse y empezar una nueva vida en Londres.

Allí pronto conoce a David y se enamoran, pero cuando Julia se queda embarazada no puede evitar que los terribles ecos del pasado resuenen en sus oídos. El único sonido que se escucha por encima del ruido es la vieja casa de Cornwallles, llamándola a casa.

Para los hijos adultos de Julia, Alex y Johnnie, la casa esconde la historia de su familia. Sin embargo, no será hasta que su padre se encuentre en el lecho de muerte, que descubrirán los secretos de lo que le sucedió a su madre años atrás.

## Índice de contenido

Prólogo

Primera parte

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Capítulo veintiocho

Capítulo veintinueve

Capítulo treinta

Segunda parte

Capítulo treinta y uno

Capítulo treinta y dos

Capítulo treinta y tres

Capítulo treinta y cuatro

Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis

Capítulo treinta y siete

Capítulo treinta y ocho

Capítulo treinta y nueve

Capítulo cuarenta

Capítulo cuarenta y uno

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*A mi madre*

## Prólogo

*Está ahí, en la oscuridad. Su secreto. Lo que no puede nombrar.*

*«Debo de ser malvada. Debo de ser horrible. Debo de ser perversa».*

*No hay otra explicación. ¿Cómo si no podría haber mantenido este secreto tan espantoso?*

*«Si fuera más fuerte, sería capaz de hacer lo que sé que debo hacer».*

*Podría llevarse su secreto en medio de la noche, cuando no hay nadie alrededor. Podría llevarlo al embarcadero, donde se encuentra el viejo esquife pudriéndose. Podría desatar las amarras, subir a él e impulsarlo para que se deslizara silenciosamente hasta el centro del lago. Y entonces, en el punto más profundo, donde sabe que una maraña de espesas algas se extiende bajo sus pies como una jungla submarina, lista para atraparla y retenerla bajo el agua, podría arrojarse por el borde y el secreto desaparecería con ella.*

*«Entonces, al fin, sería libre».*

*Pero ahora mismo tiene miedo. Se siente demasiado débil. El secreto la matará de algún modo. Eso es lo único de lo que está segura.*

## Primera parte

## Capítulo uno

–¡Hola, queridas! ¡Veamos cómo estáis progresando!

Al tirar del interruptor colgante, Alex notó el áspero tacto de las telas de araña en las yemas de los dedos y una mohosa luz amarillenta iluminó de golpe el secadero. Pudo ver entonces las incontables hileras de ramos de flores que colgaban de las vigas del desván: cientos de cabezuelas formadas por diminutos pétalos de colores rojo, púrpura, rosa, amarillo, naranja y blanco, suspendidas bocabajo sobre el suelo polvoriento. Habían sido cuidadosamente seleccionadas, atadas y colgadas en verano, cuando los vívidos colores de sus pétalos resplandecían con intensidad. Ahora estaban algo desvaídas, más quebradizas que flexibles, y sus tallos se habían secado y ahuecado. Pero todavía eran hermosas.

–¡Oooh! ¡Tenéis un aspecto maravilloso!

Cogió un ramo de la viga más cercana para inspeccionarlo. La sedosa suavidad de las pequeñas flores estrelladas, como crisantemos en miniatura de color amarillo, naranja y magenta, había dado paso a una marchita sequedad. La falta de luz del sol había mantenido intactos la mayoría de los colores; los más oscuros habían perdido cierta pigmentación, pero su color resucitaría al colocar entre esas flores otras blancas que destacaran sus ricas tonalidades, y, gracias al cuidado con el que Alex manipulaba las flores, la mayoría de los pétalos seguían intactos.

«Excelente. No hay duda de que valdrán para hacer adornos colgantes».

Echó un vistazo a su alrededor para inspeccionar sus provisiones. De las demás vigas colgaban montones de flores: los pompones blancos y amarillos que recibían el

nombre de craspedia; las alargadas espuelas de caballero de colores púrpura, lila y beis; grandes manojos de aromática lavanda; las hortensias y sus trémulas cabezuelas de color verde pálido y rosa suave; arañuelas, malvas, rosas, velos de novia, pies de león. Lo poético de sus nombres era suficiente para hacer que amara las flores, incluso sin contar con su delicada belleza reseca y su reminiscencia casi melancólica de un verano ya pasado.

Descolgó media docena de ramos, los llevó a la planta baja y se dirigió al cobertizo en el que trabajaba, donde una larga mesa de madera estaba esperándola. Empezó a coger sus utensilios de la hilera de maltrechos armarios de roble que ocupaban una de las paredes del cobertizo —espuma floral, alambres, tijeras, lazos, pegamento— y se recordó a sí misma que debía encargarse más. Además de abastecer sus existencias habituales, había prometido suministrar a unos grandes almacenes de Londres suficientes adornos colgantes para todos sus escaparates navideños, lo cual suponía un enorme impulso al negocio. Tras los esfuerzos de todos esos años, resultaba excitante la sensación de que por fin estaba comenzando a llegar a algún lugar.

El cobertizo era el lugar en el que Alex se sentía más relajada, y ese día se sumergió rápidamente en su trabajo. Cogió las cabezuelas secas del helicriso, las recortó, ajustó sus tallos con alambre y las colocó luego en las esferas de espuma que las sostendrían en su sitio. El trabajo era repetitivo pero absorbente, simple pero creativo, y resultaba satisfactorio ver cómo el adorno colgante empezaba a tomar forma. Al poco, ya tenía varios de colores ciruela, rosa y rojo, todos atados con lazo verde y listos para colgar.

«Qué bonitos son».

De repente, le vino a la mente una imagen de mamá en lo alto de una escalera de mano, con el ceño fruncido y la lengua entre los dientes al tiempo que extendía los bra-

zos para colgar un adorno de color amarillo canario en las ramas más altas del gran árbol de Navidad que ocupaba un lugar de honor en el vestíbulo de Tawray.

–¡Ya está! –había exclamado encantada cuando por fin lo hubo colocado en su sitio–. ¿No tiene un aspecto fabuloso?

Lo tenía. Alex levantó la mirada hacia el enorme árbol con su espectacular muestrario de adornos florales en decenas de espléndidos colores.

–Maravilloso –murmuró.

–¿Quién tiene la estrella?

Alex subió corriendo la escalera y, asomándose por encima de la barandilla, le dio la estrella a mamá para que la pusiera en lo alto. La había ayudado a hacerla doblando perchas que luego habían rellenado con espuma y adornado con decenas de diminutas margaritas reseca. Mamá le había dejado incluso rociarla con pintura en aerosol. La nube plateada había empapado los pétalos proporcionándoles un satisfactorio acabado metálico.

–¡Aquí tienes!

–Gracias, angelito. –Mamá cogió la estrella y, frunciendo el ceño y mordiéndose la lengua un poco más, consiguió colocarla en lo alto del árbol–. Un poco torcida –dijo con los ojos entrecerrados. Llevaba el pelo recogido en un desgreñado moño sujeto con un lápiz y un trozo de alambre de florista y se apartó los mechones sueltos de los ojos–. ¡Pero nadie se dará cuenta! ¡Venga, vamos a colgar los festones!

Esa era la parte favorita de Alex. El árbol tenía un aspecto fantástico, por supuesto, pero los festones tenían algo que entroncaba con festividades antiguas y Navidades pasadas. Los hacía mamá hilando las alegres flores veraniegas en madejas de hiedra verde oscuro en las que también colocaba acebo, barbas de capuchino y todo tipo de follaje pagano para acompañar la delicada belleza de los pétalos. A Alex los que más le gustaban eran los azules –

hechos con acianos, arañuelas y espuelas de caballero— y, después, los que parecían terciopelo púrpura, hechos con rosas, eléboro y tulipanes oscuros. Pero eran todos preciosos, ¿cómo podía elegir un favorito? Mamá cogía las cintas de flores y las disponía fastuosamente en las repisas de las chimeneas, envolvía con ellas los gruesos cirios de cera, las colgaba de los marcos dorados de los cuadros de los salones y alrededor de los espejos y distribuía un poco a lo largo de la barandilla de la escalera de roble. Llegaba incluso a decorar los cuellos de las armaduras con algunas guirnaldas y les ponía coronas de laurel en los cascos.

—¡Ya está, sir Rupert! —decía, dándole unas palmaditas en el trasero—. Feliz Navidad. —Y le guiñaba un ojo a Alex—. No debemos olvidarnos de ellos —indicaba con total seriedad, y Alex soltaba una risita.

Todos los años de la infancia temprana de Alex fueron iguales: se sacaban las flores secas cuidadosamente recogidas en verano y, tras horas de meticulosa construcción, se colocaban los adornos florales. Cuando aparecían, significaba que la Navidad ya se acercaba. Luego, la casa se abría a los visitantes que venían a admirar las flores. Cuando fue lo bastante mayor, Alex ganaba unas pocas libras ayudando a servir el té en el invernadero de naranjos, y ganaba todavía más en propinas. Johnnie, por su parte, conseguía dinero lavando todas las tazas y los pegajosos platillos repletos de migas de pastel.

El recuerdo hizo sonreír a Alex.

«Pero luego, lo de las flores terminó».

Después del fallecimiento de mamá, no hubo nadie que se encargara de las decoraciones. Las flores se marchitaban en los jardines, se volvían marrones y se pudrían. Alex era demasiado joven. A nadie más parecía interesarle.

«A Sally desde luego no. Probablemente se alegró de que ya no tuviera lugar ese follón que dejaba el suelo

lleno de hojas y pétalos. A ella siempre le han gustado las cosas limpias y ordenadas».

A los dieciocho años, mientras languidecía después de una temporada de exámenes, Alex sintió la repentina necesidad de recoger la cosecha de flores de los jardines y los campos de Tawray y dejar que se secan tal y como hacía su madre. Al llegar el otoño, aprendió por su cuenta a poner los adornos a la vieja usanza, y volvió a comenzar la tradición. De forma más modesta, claro, pues Sally nunca permitiría que se hiciera a la misma escala, pero al menos abrieron las puertas de la casa una tarde para que la gente pudiera ver las flores en todo su esplendor. Y ella había encontrado su vocación.

Alex se dio cuenta de que se le habían entumecido los dedos; el calefactor de gas del cobertizo carecía de la potencia necesaria para contrarrestar el frío de la tarde. Colocó cuidadosamente los adornos terminados en cajas forradas de papel de seda, las almacenó y guardó las herramientas. En cuanto hubo terminado, salió, cerró la puerta con llave y cruzó el patio en dirección al granero que ahora era su casa. A medio camino se detuvo y respiró hondo, aspirando el intenso frescor del otoño con placer y sintiéndose renacer. El perezoso calor del verano ya había quedado atrás y las hojas estaban empezando a cambiar de color. En los árboles del parque que se extendía entre donde se encontraba y Tawray ya se atisbaban tonos cobrizos y castaños. Se quedó mirando la elegante casa enclavada en medio de la vegetación. Espirales de niebla vespertina envolvían como un velo las torrecillas del tejado.

La ventaja de no vivir ahora ahí era poder verla así, algo que era imposible cuando habitaba en ella.

–Espléndida Tawray –murmuró.

Era extraño querer tanto un lugar, sentirse parte de él de este modo, como si su carácter y su esencia recorrieran

su torrente sanguíneo, alimentando sus células y nutriéndola a un nivel vital. Quizá esa era la razón por la que nunca había sido capaz de marcharse como los demás. Todos se habían ido a alguna otra parte, en busca de trabajo o a estudiar, y habían encontrado otros sitios a los que pertenecer. Ella en cambio siempre había permanecido ahí, atada a ese lugar con las invisibles cuerdas del amor y la nostalgia.

«Y de la pérdida».

Mientras contemplaba la casa vieja sintió una punzada de dolor: estaba allí y, sin embargo, ya no era suya. Otras personas poseían ahora su belleza, su solidez y el pasado que albergaban sus paredes. Otras personas disfrutaban de las vistas de los jardines, los bosques, los acantilados y el mar. Otras personas paseaban junto al lago, el viejo árbol de la orilla y el embarcadero cubierto...

«Pero Sally quería desprenderse de ella, y eso es lo que ha ocurrido. Sally siempre consigue lo que quiere, sin importar lo que sintamos los demás. Así son las cosas».

Alex reanudó el paso, tiritando ligeramente a causa del aire frío de la tarde.

—Bueno, ahora ya no tiene sentido darle más vueltas. Tawray se ha vendido. No puede hacerse nada al respecto —dijo en voz alta para otorgar firmeza a su resolución—. E imagino que a los nuevos propietarios tampoco les interesarán las flores.

Hacía años que su familia no vivía en la casa. Mucho antes de venderla, Sally había declarado que era demasiado grande para ella y papá, dado que sus hijos ya eran adultos y se habían marchado. Eso tenía sentido. Alex veía claro que dos personas pululando por una casa de esas dimensiones no era lo ideal. Así pues, se la alquilaron al comandante Reynolds y a su esposa, lady Clare, con sus cuatro hijos adolescentes (que rápidamente crecieron, se marcharon y, al parecer, comenzaron a producir nietos ca-

si de inmediato). Y estos quisieron que Alex siguiera haciendo las decoraciones florales.

–Es una de las principales razones por las que queríamos alquilar Tawray –le había dicho lady Clare–. Solíamos venir a ver todas esas flores maravillosas en Navidad. No nos imaginamos el lugar sin ellas.

Alex se había sentido conmovida y profundamente feliz de poder seguir con la tradición de mamá. De que no terminara aunque ya no viviera en Tawray.

Contempló la casa, con sus chimeneas y torrecillas. «Pero ahora no tengo ni idea de si los nuevos propietarios querrán que continúe. Quién sabe si conocen siquiera la existencia de la tradición. A veces tengo la sensación de que me he pasado toda la vida luchando por mantener con vida algo de mi pasado mientras todos los demás están decididos a pasar página». Suspiró.

Alex estaba pelando patatas para hacer puré cuando oyó que abrían la puerta y luego el clamor de las voces y los pasos de las niñas.

–¡Ya estamos de vuelta! –exclamó Di, y entró en la cocina con varias bolsas de libros y el estuche de un instrumento musical en las manos–. Huele bien.

–Estoy preparando un guiso. ¿Dónde están las niñas?

–¿Dónde van a estar? –Di puso los ojos en blanco–. Delante de la tele, sin haberse quitado siquiera los abrigos. Se han portado muy bien. No han dado ningún problema.

–Gracias, Di. –Alex sonrió. Tenían un buen acuerdo para repartirse el cuidado de las niñas de forma que ambas pudieran disfrutar de un par de días laborables libres a la semana. Como las hijas de Di tenían la misma edad que Scarlett y Jasmine e iban a los mismos cursos en la escuela, la cosa funcionaba a la perfección–. ¿Té?